

CONGRESO NACIONAL

"POLITICA CIENTIFICA Y FUTURO DEL C.S.I.C."

Madrid, 2, 3 y 4 de junio de 1980

Organiza: "Asociación del Personal Investigador del C.S.I.C."

SESION PRIMERA

Lunes, 2 de junio

"PROBLEMATICA DE LA INVESTIGACION EN CIENCIAS DE LA SALUD"

Ponente: Pedro GARCIA-BARRENO, Dr. Med.

Gracias a la oportunidad, generosamente brindada por la Asociación del Personal Investigador del C.S.I.C., pretendo exponer las reflexiones sobre la investigación científica en nuestro País de uno, que, por oficio, se considera investigador en las ciencias de la salud y, está seguro, que su parcela no presenta rasgos diferenciales distintivos respecto al contexto científico general, a la vez que contempla, indirectamente, la función y problemática del C.S.I.C., al menos en el campo de la biología.

En los países industrializados de Occidente hace mucho tiempo que se reconoce el papel determinante de la ciencia y de la tecnología en el crecimiento económico y social. En los países socialistas, se considera a la ciencia y a la tecnología como verdaderas fuerzas productivas, junto al trabajo y el capital. Es sorprendente que a lo largo de días de debate parlamentario, ninguna de las fuerzas políticas del Estado haya dedicado el mas mínimo comentario a la política científica ni, por supuesto, sobre las ciencias de la salud. La clase política parece ignorar que el modo de producción de una sociedad como la nuestra requiere de la innovación continua en todas las esferas de la vida: de la creación de nuevas mercancías, de nuevas tecnologías, de nuevas ideas y de nuevas for-

mas sociales. El deber de la ciencia natural consiste, o debería consistir, en ayudar a este proceso de innovación.

En la actualidad, la literatura sobre políticas científicas y sobre las interrelaciones entre la Ciencia y el gobierno, es un fenómeno de rápido crecimiento, siendo el punto de arranque la obra de BERNAL, de 1939: "Social Functions of Science". La obra de BERNAL, que representó el primer análisis crítico de la ciencia del siglo XX, reconoció la necesidad de la innovación científica para el desarrollo de la sociedad, así como el papel que juegan la industria y el estado en la financiación y la dirección del avance de la ciencia. Pero una acción política coherente, lejos a la que hoy podemos acogernos, debe significar planificación, es decir, el desarrollo racional de la ciencia para beneficio de la sociedad. Ni el gobierno, ni la industria, han considerado prácticamente ninguna de las áreas de la investigación como parte integrante de sus propósitos políticos o económicos.

Debemos exigir claridad en las reglas y en los procedimientos que han de establecer las prioridades de inversión en la investigación, así como en el control (pragmático) de los criterios internos y externos a la comunidad científica, pero dentro de una política racional. Y todo ello, a pesar de que la creación de políticas científicas al estilo que nos tienen acostumbrados, ha llegado a una especie de callejón sin salida, pues no hay necesidad actual de colocar la ciencia en un lugar aparte y exigir para ella una política autónoma, como si la biología y la física se debieran considerar como algo separado de una extensión de la medicina y la agricultura, por un lado, y del desarrollo industrial por el otro. Ante esto, diferentes gobiernos plantearon la conveniencia de prescindir de las carteras "científicas".

En este contexto, un hecho del todo establecido es el aporte de las ciencias biológicas y físicas al desarrollo de la medicina. La ciencia y la tecnología han hecho por la medicina más que la propia investigación médica. El fracaso de esta interacción en nuestro medio puede buscarse, por un lado, en las causas comunes: la poca disposición de la industria médica (farmacéutica, tecnológica), acentuada por su prácticamente total dependencia de las multinacionales; la marcada inoperancia de la univer-

sidad en la creación de ciencia médica, y el insuficiente dinamismo estatal basado en una política científica ridícula, que no se plantea problemas para los que el sistema político no ofrece soluciones. En el área de la biomedicina, al menos, se han multiplicado los costos en virtud a una diversificación de la tecnología, al no existir una infraestructura que previniera las necesidades reales. La "necesidad" de costosos aparatos, satisfecha de manera irresponsable en base a meras complacencias y compromisos, se ha visto agravada por el empeño en mantener un déficit de personal técnico capacitado.

Una ^{pregunta} ~~pregunta~~ ^{pregunta} particularmente seria en el terreno de las ciencias de la salud, hasta la fecha ignorada, es la posibilidad de prescindir de los expertos de ocasión. Es alarmante que esa ocasionalidad controle un porcentaje importante de la investigación biomédica. Particular significado alcanza este hecho en los últimos tiempos, cuando determinada clase médica ha sentido la llamada de la ciencia; necesitan investigar, lo que no representa, en la mayoría de los casos, mas que una excusa para alcanzar un prestigio (provinciano) mal enfocado y engrosar, sin más, los respectivos curriculum. Esto tiene mayor trascendencia en cuanto una independencia entre la práctica de la medicina, incluso como servicio, y la capacidad creadora en el dominio básico de la biología no resiste la crítica mas ligera. Los avances de la biología básica se identifican con el progreso de la patología. Pero existe otro problema. Se insiste en la demarcación de la frontera entre lo que es del "médico" y lo que es del "biólogo". Se ha aplicado el término de "ingerencia o intrusismo profesional" a lo que pudiera afectar a la terapéutica y/o al diagnóstico. Desde luego que la clínica, diagnóstica o terapéutica, es del dominio del médico. Pero, ¿y la terapéutica y, sobre todo, el diagnóstico tecnológico?.

Pero frente a esa delimitación tan aparentemente clara al menos para una de las partes, de la clínica y de la no clínica, surge el problema de delimitar otra nueva frontera. La denomino dilema de definición o de concepto, aunque no sea mas que un problema de formación. Un centro hospitalario incluye, en su definición, la triple faceta asistencial, de docencia y de investigación. El hospital es, ante todo, un centro asistencial. Pero es en ese centro asistencial donde surgen los problemas biomédicos, y es, por tanto, allí donde pueden realizarse las aportaciones básicas en-

caminadas a resolverlos. El hospital debe crear y potenciar investigación propia, así como buscar apoyo donde está la investigación establecida. Pero para la creación interna, al igual que para el apoyo externo, debe delimitarse la segunda frontera citada. La clínica y la investigación se complementan. La clínica deben hacerla el clínico. La investigación, el investigador cualificado. Este dilema, a simple vista obvio, es una de las causas principales del obstáculo al avance y desarrollo de la ciencia biomédica en nuestro País.

Es la integración interdisciplinar la que dá consistencia a la ciencia médica. ¿Por qué una cuestión tan intrascendente como es la simple posesión de un título universitario sirve de trampa de selección para el acceso a una función donde la competencia y cualificación debería ser prioritaria?. La formalización práctica de acuerdos de cooperación entre el C.S.I.C. y centros sanitarios, como los ya existentes, aportaría un revulsivo eficaz a la situación científica médica. La integración de unidades de investigación interdisciplinar, como la promovida y potenciada por determinado Organismo, es un paso decisivo en un intento de elevar el nivel científico y por consiguiente de asistencia, de los centros sanitarios, donde el porcentaje de tesis doctorales (índice de estudio válido) es ridículo. No cabe duda que un proyecto a corto plazo, tres a cinco años, con el objetivo de lograr un porcentaje "optimista" de doctores, crearía las condiciones adecuadas para el despegue de la ciencia médica en nuestro país. Por otro lado, en aquellos centros que alcanzan porcentajes satisfactorios, la calidad de las tesis suele invertir el sentido. Es obvio que existen excepciones que deben seguir operando. Pero es necesario planteamientos a medio y largo plazo, sobre todo si se reconoce que el gran porcentaje de la llamada producción científica sanitaria se resume en el estudio, mas o menos exhaustivo, de un "mirlo blanco". Pero esto no es investigación médica.

Cualquier análisis sobre la investigación debe indagar sobre la naturaleza del proceso científico mismo y el papel objetivo de la ciencia dentro del marco ideológico de una sociedad dada. La ciencia y la tecnología deben llegar a estar profundamente enraizadas en el marco económico y social de la sociedad. Las grandes mayorías, especialmente en países como el nuestro, empeñadas por la lucha por la sobrevivencia y condiciona-

das por patrones de información "práctica", apenas se enteran de la actividad científica y tecnológica que, en definitiva, va marcando el cambio diario de sus estructuras productivas y sociales. Solo cuando se produce un hecho insólito (y lo de "insólito" podemos aplicarlo a numerosas noticias, que en este contexto ofrecen, a menudo, nuestros mas prestigiosos diarios) la noticia sale de los conciliábulos científicos y empieza a correr por el mundo, pero siempre de forma fugaz y sin explicar su esencia y significado real. No llegamos a impactar en el público ni despertar interés en la persona y, desde luego, no logramos motivarlo a favor de nuestra causa. El problema planteado recientemente en nuestros hospitales en base a una manipulación de la problemática de la investigación clínica, o el intento apresurado de contar al público nuestros problemas estos días, son buena prueba de ello. Recuerda los infinitos conflictos hospitalarios que siempre reclaman "por una mejor sanidad...". Nos acordamos del enfermo cuando surge el conflicto.

No nos comunicamos con la sociedad a la que servimos y pertenecemos. Mitificamos nuestro oficio. No hemos cultivado una información y diálogo científico serio. Permitimos que la sociedad siga manteniendo la idea que el desarrollo deslumbrante de la ciencia y la tecnología, en gran parte, sigue acompañado de un derroche increíble de recursos para finalidades que no le beneficia, o de prestigio y de ganancias, y no ha sido orientado, ni siquiera en grado modesto, a combatir y superar los graves antagonismos, desigualdades y problemas políticos, económicos y sociales que dividen a nuestra sociedad.

Debemos convencer que nuestra situación no permite embarcarnos en proyectos utópicos. Nuestras prioridades inciden en campos tan básicos como mortalidad infantil, subalimentación, insalubridad ambiental, o mejora ganadera y de técnicas de cultivo. Es necesario procurar una aplicación masiva de nuestras posibilidades en áreas socialmente comprometidas, pero con la idea que solo cuando podamos dialogar de igual a igual, pero no los 10 o 15 grupos que ahora lo hacen, sino el contexto científico global, con nuestros colegas de países avanzados podremos contribuir a dejar atrás nuestro estado semicolonial. Pero ello solo será posible si se supera el insuficiente dinamismo del sector estatal para complementar el raquítico desarrollo del sistema científico y tecnológico mediante

una política clara y "obligar" a la empresa privada a realizar actividades propias de investigación. En resumen, no existe desarrollo acelerado y mantenido por falta de despegue científico y tecnológico, y no hay avance científico y tecnológico por el tortuoso ritmo de nuestro desarrollo económico y social. Sin embargo, las consideraciones apuntadas exigen una reafirmación, mantenimiento y potenciación de nuestro compromiso con la investigación básica, fundamental, lo que ha de conducir a la aplicación sistemática del conocimiento científico al progreso de la sociedad.

Como tal, la situación científica en nuestro País, deje de ser un mero problema de ciencia teórica y toma una dimensión política, siempre a medio y largo plazo. Debe existir un comportamiento responsable, pero no sólo de los científicos, sino, en primer lugar, de los políticos. Pero también se despliega más allá del examen de conciencia, importante, pero limitado, de nuestra comunidad científica, y reconocer un tratamiento público mas amplio. Muchos científicos progresistas se percatan, ahora, de que esto es cierto, pero todavía creen que su papel consiste en la interpretación del mundo místico de la ciencia. Los que, además, pensamos en una aplicación social de la ciencia, pero en una ciencia socialmente responsable, creemos que es necesario cambiar el rumbo actual de irresponsabilidad. Una primera cuestión es la de exigir al C.S.I.C., como única institución dedicada, exclusivamente, al servicio de la ciencia, que haga buena ciencia. Los que admiramos la labor de diversos grupos del C.S.I.C. nos gustaría que, en vez de "diversos", fueran casi todos. Pero otra cuestión es previa. ¿Qué piensa el ministerio correspondiente respecto a la supervivencia del C.S.I.C.?: sí o no. ¿Qué incidencia tiene el Estado de Autonomías respecto a la planificación actual del C.S.I.C. como organismo integrador de la ciencia?.

Otras preguntas pueden también tener interés. ¿Por qué la incoordinación entre los diferentes ministerios respecto a la manipulación de fondos públicos y privados, destinados a investigación?. ¿Como es posible que determinadas personas o grupos, pertenecientes parece ser a un elitismo libre de cualquier control, año tras año reciben ayudas oficiales de investigación, cuando año tras año no han hecho, ni hacen, nada?. ¿Como es posible que ante cualquier tímido intento de planificar una financia-

ción se excluye al personal científico objetivamente cualificado?. Pero, cuidado con lo que entendemos por gobierno de expertos. W. WILSON decía: "Me asusta el gobierno de expertos", y H. LASKI apuntillaba: " Un gobierno de expertos significa que acaba gobernando, exclusivamente, en interés de los expertos". Buena experiencia, creo, tiene el país con los famosos tecnócratas. Y, en referencia a esto último, ¿como es posible que un Secretario de Estado se refiera despectivamente a determinados profesionales, cuando dicho funcionario, además, carece de cualquier respaldo científico?.

No cabe duda que nuestra ciencia es, o la hemos hecho ser, o han obligado a que sea, irresponsable. Surge también la pregunta, sobre si los problemas del desarrollo científico, aquí, hoy, que se deben principalmente a la naturaleza de nuestra sociedad, se pueden resolver, exclusivamente, mediante el parámetro de la financiación. Unica respuesta que ofrece el Ministerio en momentos de presión: habrá mas dinero, o no hay dinero. Torpe miopía la del corto plazo. Personalmente me acojo a lo manifestado por un miembro del Senado en la Comisión de Investigación, respecto a que la investigación, la ciencia, en nuestro país, no necesita replanteamientos prioritarios meramente económicos. Una mayor inversión, aislada, significaría un mayor despilfarro. Necesita, primero, que los políticos que se presumen competentes sepan, acepten y crean, en el valor de la ciencia para la sociedad. Necesitamos control. Se necesitan jubilaciones automáticas. Se necesita diálogo. Se necesita claridad. Luego, financiación. Mientras esta llega debemos, desesperadamente, potenciar la coordinación. Se debe conservar, sin dudarlo, lo que funciona o rinde. Se debe dismantelar lo inutil, que, desgraciadamente, es una fracción significativa. Y en este caso oponerse a la famosa frase: "es más facil destruir que crear". Hay que aceptar que existe inoperancia y no hay que admitir que esa inoperancia intente perpetuarse a expensas de un apoyo, de ocasión, totalmente deshonesto, a las labores creativas. Y a expensas de la creatividad que pueda y deba conservarse han de plantearse, a largo plazo, los objetivos deseados.

Los científicos debemos aprender las lecciones de las múltiples experiencias pasadas y comprender que nuestro destino está ligado al contexto general. Sólomente cuando estemos preparados para participar en el jue-

go político podremos empezar a movernos hacia una sociedad donde tenemos que producir de acuerdo a nuestras posibilidades y capacidad. Solo entonces podremos ayudar a satisfacer las necesidades de la comunidad, en vez de entrar, tres días durará este coloquio, en un diletantismo dialéctico, provocado por la total inoperancia de un ministerio, que reza, de investigación.

Federico Sanjaume

Madrid, dos de junio de mil novecientos ochenta.